



CARDINAL RIGALI CENTER
20 ARCHBISHOP MAY DRIVE
ST. LOUIS, MISSOURI 63119
P) 314.792.7841
F) 314.792.7842
ARCHSTL.ORG

ARCHDIOCESE OF ST. LOUIS

OFFICE OF THE ARCHBISHOP

Robert J. Carlson, Arzobispo de St. Louis | Declaración Pastoral sobre Inmigración y Misericordia

Consciente de mi responsabilidad pastoral de llevar la luz de la fe para influir en nuestra realidad histórica (Lumen Fidei, 38), deseo dirigirme a nuestros fieles católicos y personas de buena voluntad en esta declaración pastoral sobre la inmigración y la misericordia.

Como pueblo de Dios, nuestro caminar católico e identidad peregrina están marcados por un profundo compromiso de servir a los que nos rodean, especialmente a los más vulnerables, los pobres y los migrantes (Hechos 4,32). En nuestro país, la Iglesia ha respondido a las oleadas de inmigrantes que han adornado nuestras costas americanas. Los irlandeses, los alemanes, los italianos, los polacos, y otros inmigrantes europeos han encontrado una hospitalidad generosa en nuestras iglesias e instituciones católicas.

Nuestra sensibilidad católica y el cuidado pastoral nos ha enseñado que al servir al menor entre nosotros, hemos tocado el rostro de Cristo: "Vengan, benditos de mi Padre... porque tuve hambre y ustedes me dieron de comer, tuve sed y ustedes me dieron de beber, fui forastero y ustedes me recibieron en su casa. Estuve enfermo y fueron a visitarme. Estuve en la cárcel y me fueron a ver" (Mateo 25, 34-35).

Nuestro caminar hacia el Señor aun está vivo hoy. Nuestras comunidades católicas y plazas están repletas de nuevos rostros de hermanos y hermanas inmigrantes que necesitan nuestra respuesta amorosa. Como el obispo local y pastor de la Arquidiócesis de Saint Louis, estoy consciente de las historias dolorosas de inmigrantes cuyos sufrimientos continuos y sacrificios nos revelan la presencia de Jesús crucificado.

Y, mientras escucho nuestro discurso nacional sobre la inmigración, me estoy preocupando cada vez más por el lenguaje y la retórica de discriminación, odio y alienación. En mis visitas y conversaciones con nuestros hermanos y hermanas hispanos, en particular, he oído lo difícil, doloroso y divisivo que esta retórica de odio ha sido, y cómo se está creando una atmósfera de ansiedad, aislamiento y miedo.

Para muchos de nuestros jóvenes inmigrantes hispanos, este ambiente anti-inmigrante también está contribuyendo a iniciativas legislativas que les dificultan contribuir con éxito al bien común. En este momento de incertidumbre, nuestras familias hispanas necesitan saber que nuestra comunidad católica, tanto a nivel local como nacional, está aquí para acompañar y permanecer firme con ellos.

En mi *Homilía de la Misa de la Paz y la Justicia*, hice hincapié en la necesidad de prestar mayor atención a la labor de la justicia mediante la elevación de nuestro respeto mutuo y nuestro compromiso de estar el uno con el otro en el sufrimiento, de no dejar que nuestros hermanos y hermanas carguen con sus sufrimientos por sí solos, de ayudar a cada uno a llevar la cruz del sufrimiento y de respetar en todo

momento su dignidad humana. Por ello nuestra necesidad de fijar nuestra mirada en las muestras de solidaridad y esperanza más grandes que se nos prometieron en la resurrección.

Como su obispo y pastor, estoy atento a la complejidad de trabajar por una reforma migratoria. Al apoyar plenamente la labor de la Campaña de Justicia para los Inmigrantes de la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos, lo hago sabiendo que para muchos este apoyo público y su obra traen temores personales y resistencia. Al mismo tiempo, estoy agradecido con los católicos y personas de buena voluntad en la arquidiócesis que están trabajando con nuestras comunidades de inmigrantes.

Reconozco también que el trabajo a favor de la reforma migratoria puede cultivar la semilla de la discordia y la división entre nuestros fieles cuando este es observado independientemente de la luz de la fe. Sin embargo, como miembros del único Cuerpo de Cristo, mantenemos la confianza en nuestra fe (Romanos 12, 3-5). Estamos en tierra firme cuando nuestra fe ilumina nuestra práctica pastoral de respeto a la dignidad humana de todas las personas y el servicio para el bien común. Más que nunca, nuestra realidad social, política y mundial nos insta a afrontar este problema pastoral con justicia y caridad evangélica en nuestros corazones. (Colosenses 3, 12-15)

Y de manera especial, nuestros corazones y nuestras mentes también asisten al grito de los muchos miles de personas que abandonan sus países de origen debido a la persecución religiosa o en busca de una vida mejor para sus familias. La crisis global de migración y refugiados que estamos enfrentando como una familia humana, y el dolor y el quebranto que muchos de nuestros hermanos y hermanas afrontan en su búsqueda de condiciones más humanas de vida no pueden ser ignorados. Como católicos, debemos seguir orando por que la gracia y la misericordia de Dios sean abundantes, para que las familias y los niños que se ven directamente afectados puedan encontrar manos de bienvenida al final de sus jornadas.

Además, debemos asegurarnos de que nuestras oraciones siempre estén acompañadas de acciones concretas por lo que es correcto y justo. Como las Sagradas Escrituras nos dicen, nuestra fe no puede estar desprovista de amor visible y cuidado de unos por otros (Santiago 2, 14-17). Esto significa que cada uno de nosotros debe encontrar maneras de participar y contribuir a los esfuerzos humanitarios que están respondiendo a la presente crisis de migración y de refugiados. Y a medida que nos esforzamos por hacer nuestra parte, recordamos las palabras del Papa Francisco que nos recuerda que nuestros esfuerzos humanos nunca están lejos de Dios: "Dios es capaz de multiplicar nuestros pequeños gestos de solidaridad y nos hace partícipes de dones."

Es en el espíritu de conversión orante y de misericordia pastoral para con nuestra realidad global y local que reafirmo mi compromiso de acompañar a nuestras comunidades de inmigrantes y refugiados. De hecho, la realidad mundial de la migración no está lejos de nuestras costas y barrios. Hoy en día, también invito a los fieles de la Arquidiócesis de Saint Louis y personas de buena voluntad a que nos unamos para expresar nuestra solidaridad y esperanza. Nuestra misión como Iglesia peregrina es servir en la manera de Cristo, y de seguir de cerca los pasos de nuestro Señor y Salvador (Lumen Gentium, 14).

Mientras caminamos juntos y nos preparamos para el Jubileo Extraordinario de la Misericordia, reconozcamos que ya no somos extraños y busquemos anunciar la misericordia de Dios: "Es hora de volver a lo básico y de sobrellevar todos juntos las debilidades y luchas de nuestros hermanos y hermanas. La misericordia es la fuerza que nos despierta a una nueva vida e infunde en nosotros la valentía de mirar hacia el futuro con esperanza "(Misericordiae Vultus, 10).